

La niebla

Jorge Fernández Granados

No sé si haya mucho qué decir, por lo menos en mi caso, sobre la ceguera. Soy un recién llegado. Estoy en pleno aprendizaje de mi vida. Además creo que hay tantos tipos de ceguera como individuos afectados de algún problema de la vista. A veces se pierde la percepción de ciertos colores o la de ciertas formas en particular, a veces es un destello o un relámpago que lo apaga todo de golpe, otras se va borrando la realidad por sus orillas y sólo se ve el centro, como si observáramos el mundo a través de un túnel. Mi tipo de ceguera es una suma de alteraciones diversas. A consecuencia de la cortisona, que me fue administrada en grandes dosis durante la infancia para aliviar un problema de alergia en la piel, empecé a perder la vista paulatinamente desde los veinte años de edad. En la medicina de los años setenta, en México, aún no se tomaban muy en serio los daños a largo plazo que ocasionaba este tipo de medicamento. Por eso fui algo así como un conejillo de indias. Hoy, luego de seis operaciones en los ojos mi vista es sumamente difícil y en dos dimensiones. Veo la realidad bajo un lente de niebla. Puedo leer aún con una lupa y veo con más facilidad el cine y las pantallas fluorescentes que la realidad “directa” (un cuadro o una fotografía, por ejemplo, los veo mejor si están impresos o en la pantalla de la computadora). Sin duda hay numerosas dificultades para la vida cotidiana —a las que uno, de una u otra manera, se habitúa— pero no puedo decir, en un sentido estricto, que veo mal el mundo exterior. Al contrario, se ha estilizado magníficamente: sus formas se disuelven con sutileza bajo la luz contundente del mediodía y casi se esfuman en un solo bloque de oscuridad durante la noche, ya casi no existen los contrastes, los rostros permanecen jóvenes, el mundo adquiere la textura de un filme y todo parece moverse como dentro de una inmensa nube de vapor. Reconozco a los seres que amo más bien por la voz; francamente sus rostros son cada vez más imaginarios. Sin embargo, aún a ciertas horas del día, por alguna complicada

ecuación de la fisiología del ojo, acuden unos minutos de transparencia que me dejan atónito. Es casi como volver a verlo todo por primera vez. Una explosión de detalles.

La ceguera no es una tragedia. Es, en todo caso, un desplazamiento en el registro o la percepción del mundo. Podemos darle, también, alguna de tres lecturas o interpretaciones según la teología de nuestra preferencia: una griega o helénica, para la cual en la ceguera hay, como para Homero, Tiresias o Edipo, una revelación del propio destino; en este caso, sí sería trágica y autocognoscitiva. Una judeocristiana, para la cual puede significar un castigo infligido por una ofensa a Dios; bajo esta legislatura hay sometimiento y pago, en sentido estricto, una venganza divina. Y, por último, al agnóstica —la que mejor se acomoda a mi sentido común—, para la cual ni la ceguera ni cualquier otra adversidad tienen un significado elucidable; como dije al principio de este párrafo, son llanamente desplazamientos en el registro o la percepción del mundo.

Para un artista, sin embargo, no deja de haber en estos trastornos un amplio arsenal de originalidad. Las imágenes de la realidad están ahí, dentro y fuera del ojo; es éste el que, por una distorsión o debilitamiento, decide un día separarlas. Entonces las imágenes recibidas y recordadas se separan de las imágenes nuevas que se están produciendo a cada instante en el exterior. El juego disponible de la mente se reduce. Pero su expresividad es la misma. Es como una de esas artes orientales en las que, con menos piezas cada vez, se pretende armar la misma figura. No creo que un hombre tenga en la vida tanto que decir. La disciplina (en este caso forzosa) de la reducción le ayuda a sintetizarse, a resumirse, a decir con pocos trazos su figura. De esta manera, supongo que los artistas ciegos están, con los elementos que tienen a su disposición para desarrollar su arte, ante una constante posibilidad de polaridades: ensimismarse o sintetizarse. Entre el círculo vicioso y la extrema sublimación es posible que no haya puntos intermedios.

